

Agua es Vida

Manifiesto por una visión holística y comprometida del agua

Catalunya, abril de 2024

Que el agua es imprescindible para el surgimiento y sostén de la Vida es una de las pocas verdades universalmente admitidas. Pero esa bendición tiende a faltarnos cuantitativa y cualitativamente. Es un grave problema que desde hace mucho afecta a millones de personas de distintas zonas del llamado Planeta azul, y que ahora nos golpea de forma directa e ineludible. Lo que ha disparado las alertas en nuestra sociedad es la «sequía», pero en el fondo sabemos que la degradación y reducción del agua disponible no es una cuestión local ni una coyuntura transitoria, sino que, más allá de las dinámicas de la Naturaleza, la causa principal es el modo en que los humanos habitamos el mundo.

Somos muchas las personas que, inquietas, nos preguntamos qué podemos hacer individualmente y como parte de la sociedad. Con esta declaración no pretendemos dar soluciones concretas, que deben ser forzosamente diversas según cada contexto ecológico, cultural y político, sino aportar algunos elementos de reflexión que nos sirvan de orientación para ensayar acciones personales y colectivas más acertadas, es decir, más centradas en lo que de verdad es importante.

Según vemos, entendemos y actuamos

Como parte esencial de la trama de la vida, el agua está presente en todo y actúa en interdependencia con el resto de sus factores, de modo que tiene múltiples valores, ricos y plurales. Sin embargo, la cosmovisión hegemónica nos hace ver la realidad fragmentada, como un conjunto físico de piezas, y en consecuencia sólo imagina respuestas parciales, inconexas y utilitaristas, en las que el agua se entiende como un recurso externo a explotar o una belleza de la que disfrutar.

La biología nos dice que el agua es un elemento necesario y constitutivo de todos los seres, que parece que los primeros organismos vivos de la Tierra nacieron en los océanos, que los seres humanos pasamos los primeros meses de vida sumergidos en ella en el seno materno, que nuestros cuerpos lo son en más de dos terceras partes... Son muchísimas las evidencias de que sin agua, sea salada o dulce, que sin mares y ríos, sin glaciares, nubes y lluvia... no podrían existir los seres vivos: la biosfera depende de la atmósfera y de la hidrosfera.

Para la política y la economía, orientadas a fines operativos, el agua es primordial para la gestión de los territorios y sus poblaciones, así como para el sistema de producción y comercio de mercancías y

servicios. Desgraciadamente, las decisiones que toman los formidables engranajes de poder que son los gobiernos y las altas instituciones internacionales, más que estar orientadas a satisfacer las necesidades humanas básicas de subsistencia y dignidad, responden a los objetivos geoestratégicos de los estados y crematísticos de las empresas. Así es como, en su dominio del imaginario colectivo, imponen una valorización que expulsa lo que no sirve a su entramado de intereses y aumenta la pugna por su control y acaparamiento, sea desde los poderes públicos o vía privatización, provocando en proporción a su ciego poder crecientes situaciones de desigual accesibilidad, así como tensiones y confrontaciones que pueden llegar a ser bélicas.

Existen también, por supuesto, políticas que parten de actitudes honestamente preocupadas en términos humanistas y ecológicos, para las cuales el agua es un bien común esencial de la que dependen la salud y múltiples servicios ecosistémicos, cuya administración debe ser bajo principios éticos de corresponsabilidad, equidad y justicia, así como con criterios técnicos de sostenibilidad. Un buen ejemplo sería la Nueva Cultura del Agua

Cabe remarcar que estas diferentes visiones comparten el hecho de entender el agua meramente como un recurso. Es un sesgo transversal que va desde el más global de los contextos hasta los más concretos modos de vivir, muy indicativo de cuál es la noción predominante que se tiene de "la cuestión del agua"; una mirada que es limitada y empobrecedora, ya que están prácticamente excluidas sus dimensiones no empíricas. Se trata de una perspectiva que otorga relevancia a determinadas cualidades, usos y funciones en detrimento de otros valores tanto o más importantes, un enfoque que se encuentra precisamente en la raíz de los problemas que afrontamos y que, si bien con diferencias apreciables, conduce mayoritariamente a comportamientos parciales y casi exclusivamente pragmáticos.

Para ejemplificar lo que decimos puede servir analizar uno de los términos que presiden el debate público sobre el agua, el de «escasez». Si tomamos el concepto neutramente, éste quiere indicar el desequilibrio desfavorable entre la cantidad de agua disponible y la que es necesaria para poder llevar a cabo nuestras actividades. Ahora bien, en la medida en que la demanda per se es el parámetro prevalente, que los niveles de demanda son desmesurados y conllevan un malbaratamiento enorme, aunque irreflexivamente los consideremos normales y legítimos, la idea de escasez evidencia que la visión dominante es estrictamente materialista y antropocéntrica. En efecto, así entendida, es una noción que responde a criterios restringidos a la productividad y conforme a valores de referencia exclusivamente humana, en los que la naturaleza es una subordinada fuente de recursos hipotéticamente ilimitados a ser explotada sin otras consideraciones. La distorsión cognitiva implícita es pavorosa, y sólo ha podido llegar a ser posible mediante una operación de deconstrucción conceptual de la realidad y posterior recomposición parcial en la que se sustraen interesadamente sus valores esenciales.

Sería bueno, pues, por no decir urgente, transformar nuestros criterios y modos de comprensión para modificar nuestro comportamiento. Conviene recuperar una visión holística, transitar de una mirada superficial, parcial e instrumental del agua, de la ecología, de la Vida, a otra mucho más profunda, que tenga en cuenta también los valores intrínsecos: integrar la totalidad de lo que el agua es en la rica y compleja totalidad de lo que es la Vida.

Por una visión holística

Sólo una perspectiva holística, una forma de aprehensión que también incorpore las dimensiones cultural, simbólica y espiritual, que valore plenamente las motivaciones intangibles y desinteresadas, proporciona una visión completa y realista, puesto que incluye todas las facetas consustanciales de la realidad natural y humana.

Hay que recordar que la Madre Tierra, nuestro hogar común, en tanto que entidad viviente es en sí misma sujeto de derechos y consiguientemente merecedora de cuidado y reverencia. Así lo viven muchas comunidades que no han perdido su arraigo, y así lo reivindican, por ejemplo, los constitucionalismos andinos del «Vivir Bien» o la Carta de la Tierra aprobada por la UNESCO, que proclama como responsabilidad universal y deber sagrado la protección y preservación de la vitalidad, diversidad y belleza de la Naturaleza.

Sólo a partir de ahí se puede fundamentar una comprensión con el sentido y la coherencia imprescindibles para vivir con realismo y respeto, para relacionarnos con el agua con sensatez, tanto individual como socialmente. Porque el agua es mucho más que H₂O, es algo que sobrepasa su dimensión física. Como la propia Vida, que es más que mera materia.

Sí, el agua no sólo es vida, sino que es la Vida, en todas sus expresiones, y por tanto es igual de indispensable tanto en el plano físico como en el anímico o espiritual, aspectos recíprocamente inclusivos de una misma realidad. Nuestro cuerpo necesita el elemento líquido y nuestra alma el elemento sutil. Cuando no se la tiene en cuenta de forma integral y profunda desaparece la Vida, ya que ésta no está formada sólo de materia, sino de elementos y relaciones, de tangibilidades y significaciones.

Hemos extraviado la noción sagrada de la Vida, de la Naturaleza, y necesitamos recuperar el vínculo espiritual, también con esta parte tan esencial como es el agua. Nos referimos a una relación multidimensional y coherente que ha sido esencial en las culturas de todos los pueblos de la historia, desde las más sencillas a las más complejas.

El agua en las perspectivas tradicionales

La capacidad simbólica es probablemente el atributo más característicamente humano. Está estrechamente imbricado en nuestra capacidad cognitiva, de representación y conciencia. Nos permite ir más allá de lo inmediato, captar las complejidades y a veces gestionarlas eficientemente, así como concebir dimensiones abstractas o trascendentes. Nuestras mitologías y religiones, nuestros sistemas culturales y sociales son fruto y expresión de la facultad simbólica, sin la cual no seríamos humanos.

Para buena parte de las cosmologías de la Antigüedad el agua es uno de los cuatro (o cinco) elementos que se tienen por constitutivos de la realidad cósmica, juntamente con el aire, la tierra y el fuego (y el éter). Un rápido vistazo a los sistemas de valores, creencias y organización de muy distintas sociedades tradicionales (desde los beduinos del desierto árabe hasta las comunidades incas de las alturas andinas, desde las tribus amazónicas hasta los inuits de las regiones australes...) muestra que tienen en común una armónica vinculación simbólica y práctica con la Naturaleza, una bien elaborada y significativa relación con el agua, y una resiliencia admirable y nada casual.

La mayoría de los relatos cosmogónicos coinciden en que el agua nunca es espiritualmente neutra o pasiva, sino que es el origen de todo lo que existe. En ellos, y bajo diversas formulaciones, el universo proviene de unas aguas primordiales, más bien informes, que simbolizan lo que había antes del surgimiento de todo, y de las que derivan las aguas cósmicas que aparecen durante el proceso de creación y ordenamiento del mundo natural, menudo representadas como aguas superiores e inferiores. Muchas cosmologías enseñan que los seres humanos provenimos del agua y otras del barro, es decir, la tierra mojada de agua.

En la gran mayoría de las tradiciones espirituales, el agua es un símbolo de los más poderosos. Evoca fertilidad, abundancia y renovación, pero sobre todo como fuerza purificadora tanto en un sentido físico como anímico. Muy a menudo, la inmersión transitoria en las profundidades del agua -tanto en el plano individual como en el conjunto de la humanidad- se asimila con procesos de disolución, depuración, fertilización, regeneración... en los que hay reabsorción en un estado primordial para re-surgir a una existencia renovada.

Y de la misma forma que el agua aparece como matriz de la creación y como elemento mantenedor y regenerador de la vida que circula a través de toda la Naturaleza, también está presente en el fin de todas las cosas de la Tierra, sea en forma de fuerzas destructivas o de disolución. Por todo ello, en las escatologías tradicionales, representa también la frontera entre este mundo y el más allá; traspasar las aguas es símbolo de entrada en el mundo de los vivos o en nuevos estadios del ser posteriores a la muerte.

Este simbolismo sacralizador se manifiesta en incontables rituales de nacimiento (p. ej. las lustraciones griegas y romanas de los bebés, el bautizo cristiano...), de purificación (p. ej. las abluciones en muchas religiones, los baños rituales a lagos y ríos, los ritos con vapor de agua...) y de muerte (p. ej. el lavado de los restos mortales, las libaciones funerarias, la dispersión de las cenizas humanas en aguas sagradas...).

Seamos conscientes, humildes, agradecidos... responsables y activos

La mística del agua, con los rituales que la vehiculan, tiene motivación antigua y profunda en la conciencia de su valor para la preservación y significación de la Vida, plasmándose en una rica diversidad de culturas del agua que han surgido en toda la geografía y a lo largo del tiempo. Cada sociedad, cada tradición, ha encontrado sus formas de relacionarse con lo que llamamos el mundo natural y, en adaptación a sus propios ecosistemas, han decantado diferentes saberes y prácticas en las que no ha faltado la correlación con el plan simbólico. Nosotros deberemos encontrar la manera de remodelar nuestras maneras de hacer, de transformar la actual explotación del agua en una nueva coexistencia con ella, porque hace tiempo que la tendencia del conjunto de la humanidad está lejos de un solemne agradecimiento por el don recibido. El altivo antropocentrismo dominante, que maltrata las fuentes de la vida y su misterio, proviene de un desarraigo, de un nihilismo arrollador que nos conduce a su menosprecio y profanación. La forma en que mayoritariamente se está afrontando la emergencia climática, de la que participa el problema que tenemos con el agua, es una trampa en espiral, una carrera que, de sostenerse, sólo puede tener un desenlace catastrófico.

Revertir las tendencias que estropean, corrompen o degradan el agua, pide cambios profundos en nuestras formas de vida e instituciones, cambios que pasan en buena parte por rehabilitar una sabiduría

perdida consustancial a culturas ancestrales, algunas de las cuales todavía perviven. En ellas, el universo es un todo sagrado y es obligada una atenta obediencia a las señales de la Naturaleza. Si nos atuviéramos a sus enseñanzas, si aprendiéramos de sus ejemplos (algunos de los cuales son modelos vivos de buenas prácticas) podríamos encontrar nuestras propias formas de reconectar con la Madre Tierra, de la que somos parte, de relación de coexistencia más filial, amorosa y harmónica y sanar nuestra enfermiza relación con el agua.

Todo ello deberá permitirnos re-imaginar el agua e implementar una gobernanza que conjugue y satisfaga equilibradamente los derechos, intereses y necesidades de las personas, comunidades políticas o actividades productivas, pero también de los demás seres no-humanos, de la tierra misma como ente viviente. Debería ser una gobernanza que tenga en cuenta los límites biofísicos de la Tierra, que parta de una amplia perspectiva temporal (desde el corto plazo hasta las futuras generaciones) y que respete la pluralidad de valores estéticos, afectivos, espirituales... relacionados con el agua.

Las formas que tome esta comprensión y la subsiguiente gobernanza serán tan dispares y específicas como lo sea la combinación de los abordajes (científico, político, económico, de salud, cultural, artístico, religioso...) y diversos sean los marcos en los que se produzcan (entornos húmedos o secos, hábitats urbanos o rurales, economías agrarias, ganaderas o industriales, configuraciones sociales de diversa complejidad...). Por tanto, hay que pensar en plural, porque la realidad es diversa en su unidad. Deseablemente, pues, deben ser gobernanzas que piensen globalmente, holísticamente, para poder actuar localmente de manera adecuada, que tiendan a la socialización de las responsabilidades y los beneficios, que sean fruto de consensos e institucionalizaciones más armónicas y adaptativas, que eliminen el derroche, la contaminación y los usos más superfluos, que comporten un reparto equitativo, que integren el valor del don de la Vida... Las formas que tome esta comprensión y la subsiguiente gobernanza serán tan dispares y específicas como lo sea la combinación de los abordajes (científico, político, económico, de salud, cultural, artístico, religioso...) y diversos sean los marcos en los cuales se apliquen (entornos húmedos o secos, habitados urbanos o rurales, economías agrarias, ganaderas o industriales...). Por lo tanto, hay que articular una pluralidad de respuestas, a distintos niveles, porque la realidad es diversa en su unidad. Deseablemente, hay que pensar globalmente, holísticamente, para poder actuar localmente de manera adecuada, para tender hacia una socialización de las responsabilidades y los beneficios que sea fruto de consensos e institucionalizaciones más justas, armónicas y adaptativas, para eliminar el derroche, la contaminación y los usos más superfluos, alcanzar un reparto equitativo... Y, sobre todo, hay que dar siempre prioridad al valor intrínseco del do de la Vida.

Quizás podríamos empezar por actos esenciales, pequeños pero muy potentes: poner toda nuestra atención en cada momento de nuestra cotidianidad, tener conciencia permanente de las implicaciones ecológicas de cada acción, del valor sagrado del agua... Agradecerla cuando la bebemos, respetarla cuando nos duchamos, venerarla cuando cocinamos, recordar que está detrás de cualquier cosa que consumimos... Y a partir de aquí ir extendiendo esta conciencia a ámbitos más amplios, como los círculos concéntricos que se propagan a partir de un pequeño impacto en una superficie tranquila de agua.

Desde esta renovada relación sacramental con el agua, será posible impulsar las indispensables transformaciones en los ámbitos políticos, económicos y técnicos que más afectan su estado. Dada la

extrema complejidad de los retos actuales, corregir las tendencias erróneas, abusivas y patológicas para dar a luz estas nuevas maneras de hacer no será tarea sencilla, y sus plasmaciones tendrán que ser necesariamente muy diversas. Cada cuál y cada comunidad tendrá que procurar encontrar las medidas más idóneas, para cada cuenca, para cada contexto, respetando los ciclos naturales. Aun así, siempre se tendrá que partir de la concepción de que tenemos deberes y responsabilidades más que derechos hacia el agua, y asumir actitudes de respeto reverente que se deben extender hacia la totalidad de la Madre Tierra. Esta es una condición necesaria de nuestra pervivencia. La Naturaleza nos sostiene y nos nutre en todos los sentidos y es también nuestra guía y maestra. Nosotros somos sus hijos e hijas, y debemos escuchar su sabiduría para reorientar nuestros actos y dirigirlos hacia su cuidado. Tendremos que reaprender a habitar la Tierra con humildad, prudencia, precaución, sobriedad, reverencia... Y con agradecimiento por sus dones, el agua entre ellos, que nos mantienen en vida.